

tempestades el 25 de Setiembre se detuvo en una especie de bahía muy cómoda, formada entre una isla y el continente.

Las hermosas palmeras que adornaban la isla, los cocos, las ananas y los mirabolanes, al mismo tiempo que las frutas y flores que se veían en aquella tierra, encantaron á los tripulantes y dieron á la isla el nombre de La Huerta.

Su verdadero nombre era Quiribiri.

A muy corta distancia habia una poblacion que se llamaba Cariari.

Lo que ocurrió á los viajeros con los habitantes de aquella poblacion, merece ser referido en capítulo aparte.

CAPITULO XXVI.

Cariari.



DESPUES de los malos ratos que habian pasado Colon y sus compañeros, su llegada à Cariari fué un momento de tregua.

En el afan que tiene el hombre por explicarse todo lo que le pasa, la idea que los viajeros formaron de los indios de Cariari les sirvió para convencerse de las causas de las continuas tempestades que les habian asaltado, de los peligros que habian corrido y hasta de su milagrosa salvacion.

Los españoles, incluso el mismo Colon, al poco tiempo de observar aquellos indios se convencieron de que eran mágicos.

Veamos lo que pasó.

Apénas descubrieron en el mar los indios de Cariari las embarcaciones de Colon, corrieron á la playa armados con flechas, clavos y lanzas, y muy resueltos á defender su territorio.

Por órden de Colon permanecieron á bordo todos los españoles, y emplearon el dia en reparar los desperfectos de los buques y en descansar de las fatigas del viaje.

Gran extrañeza causó á los indios la llegada de aquellas gentes en naves tan formidables; pero su gran asombro fué ver que sin hacer caso de ellos, se entregaban á sus faenas y no se preocupaban para nada de su actitud hostil.

En vista de esto se convencieron de que no les llevaban

allí intenciones hostiles, y su temor se convirtió en un vivo interés, en una casi femenil curiosidad.

A la caída de la tarde su impaciencia fué tanta, que no pudiendo contener el deseo de ver de cerca á los españoles, les dieron á entender por señas que podían desembarcar, seguros de que los recibirían con afecto.

Desentendiéronse los españoles de esta demostración, y algunos indios, arrojándose al agua, llegaron á nado hasta los buques, y ofrecieron á los españoles mantas de algodón y adornos del oro que los indígenas llamaban *guanín*.

Muchos de los marineros, que aún ignoraban el poco valor de aquel metal, se aprestaban á recibir sus obsequios, cuando el almirante prohibió que los aceptaran.

No por eso dejó él de regalar á los indios.

Pero éstos, al ver que los españoles rehusaban sus presentes, se mostraron ofendidos, y al volver á tierra arrojaron en la playa los objetos que habían merecido á la prodigalidad de los españoles, pagando de este modo el desprecio que les habían hecho no aceptando los suyos.

Pero no por eso abandonaron el deseo de que desembarcaran los españoles.

Aguardaron, pues, una ocasión para conseguirlo.

El medio que habían ideado era ofrecerles seguridades de que no les harían daño alguno.

Al efecto designaron á un anciano, á quien todos profesaban gran veneración, y entregándole dos indias, una de catorce años y otra de ocho, ricamente adornadas, le hicieron ocultarse con ellas detrás de unos arbustos, y le dieron las instrucciones oportunas para que consiguiera el objeto que se proponían.

A la mañana siguiente, muy temprano, uno de los botes se acercó á la orilla en busca de agua, y apenas desembarcaron los tripulantes salió el anciano con las dos jóvenes llevando una bandera blanca en señal de paz.

El indio aseguró á los españoles que podían desembarcar sin temor alguno.

En prueba de ello, añadió que les entregaba aquellas jóvenes para que las tuvieran en rehenes mientras ellos disfrutaban de los obsequios que querían hacerles en la isla.

Al informarse de aquellas buenas intenciones, los españoles se dedicaron confiadamente á llenar las cubas de agua, y mientras tanto muchos indios, que habían acudido á verlos más de cerca, permanecieron distantes, á fin de no infundir sospechas en los extranjeros.

Los españoles tornaron al bote, y el indio anciano les indicó por señas que se llevaran á las dos indias, mostrando decidido empeño en que acatasen su voluntad.

Creyendo complacer á Colon, y viendo que las indias se mostraban muy contentas de ir con ellos, las embarcaron los marineros y las llevaron á bordo.

Los indios avanzaron á la playa á medida que el bote se alejaba, y parecían en extremo satisfechos de aquella prueba de la confianza que habían dado á sus huéspedes.

Encantaba á Colon aquel recibimiento, y deseando corresponder á él, después de tratar á las jóvenes indias con la mayor galantería y de colmarlas de regalos, las envió á tierra para que pudieran dar cuenta de las atenciones de que habían sido objeto.

Al llegar á la playa la encontraron desierta, y porque no se quedaran allí solas volvieron á pasar la noche con el almirante.

Al día siguiente tornaron á la playa, y salió á recibir las el anciano que las había entregado á los españoles.

Pero éstos no desembarcaban ni aceptaban sus regalos, y se ofendieron en extremo.

Por la tarde los parientes de las jóvenes indias devolvie-

ron á los españoles todos los regalos que les habian hecho, y se mostraron agraviados porque se despreciaban sus presentes.

Habia cierto fondo de sentimiento en aquellas manifestaciones, y Colon dispuso que el adelantado desembarcase.

A penas vieron acercarse el buque que conducia al adelantado, algunos se arrojaron al agua, y llegando hasta él, le llevaron en brazos á tierra.

Creyendo los indios que era el jefe de los extranjeros, se entregaron en su presencia á las mayores demostraciones de alegría.

Bartolomé Colon les hizo algunas preguntas por medio del intérprete acerca de sus costumbres y de la riqueza de su suelo, y ellos se apresuraron á contestarle.

Pero queriendo el adelantado que el escribano tomase acta de sus propósitos, le mandó sentar á su lado sobre la playa, y éste preparó lo necesario para escribir.

Los indios rodearon al adelantado, ávidos de satisfacer su curiosidad.

Pero al ver al escribano sacar el tintero, el papel y la pluma, y ponerse á escribir, creyendo que iba á hacer algun conjuro ó que por medio de una operacion nigromántica iba á aniquilarlos, se levantaron y huyeron precipitadamente, dejando solos á los españoles.

Aún no se habian dado cuenta éstos de lo que pasaba, cuando tornaron los indios con brasas, sobre las que echaban polvos aromáticos, aventándolos hácia los españoles, sin duda para destruir la influencia mágica que suponian en ellos.

Esta actitud, y lo que hasta entónces habian hecho los indios para atraerlos, hizo suponer á los españoles que los habitantes de aquellas regiones eran nigrománticos, por lo cual suplicaron á Colon que les sacase cuanto ántes de allí. (O)

A pesar de los deseos de los tripulantes, quiso el adelantado recorrer el país, y acompañado de unos cuantos soldados, hizo varias expediciones.

En una casa encontró varios sepulcros, y en uno de estos halló un cuerpo perfectamente embalsamado.

Otros dos cadáveres habia envueltos en algodones muy bien conservados, y todos ellos adornados con las joyas que más habian estimado durante su vida.

Todo indicaba más inteligencia y más sentimiento en aquellos indios que en los de la Española y demas islas que habian visitado.

Pero carecian de oro puro, y como al enseñarles oro de ley manifestaban que á lo largo de la costa lo encontrarían en mucha abundancia, resolvió al fin Colon tomar el rumbo que le señalaban los habitantes de Cariari.

Para que les sirvieran de guía, llevaba el adelantado siete indios á bordo.

Entre ellos escogió dos de los más listos, y los demas los dejó en libertad.

Al darse á la vela, acudieron multitud de indios á pedir á Colon que no se llevase á sus hermanos.

Para conseguirlo les hicieron multitud de regalos.

El almirante les ofreció que volverian en breve, puesto que solo deseaba que le guiasen por la costa.

Los indios de Cariari, al ver partir á sus compañeros, quedaron sumidos en una profunda tristeza, y como eran tan supersticiosos, creyeron ver en aquel acto un síntoma fatal para su raza y para su pueblo.

El dia 5 de Octubre abandonó la escuadra la playa de Cariari para caminar al lado de la costa, que á causa de los tesoros que encerraba debia llamarse Costa Rica.